



# PUENTES NÚMERO 3

## 4 EDITORIAL

## 6 PREGUNTAS AL AIRE

## 18 TOPOGRAFÍAS

**En defensa de los estudios culturales**  
*Mari Paz Balibrea*

## 28 ENSAYOS

**El arte de la indocilidad reflexiva (Foucault y la crítica)**  
*Ester Jordana Lluch*

**Genealogía del confin. Espacio geográfico y espacio político en la cultura europea**  
*Franco Farinelli*

**Puentes, océanos: Descolonizar la razón cartográfica**  
*Bernat Lladó Mas*

**Descolonizar los estudios literarios poscoloniales. El *Taypi Ch'ixi* como puente hacia una epistema alternativa**  
*Melisa Stocco*

**Santiago / San Petesburgo. La lectura rabiosa de la ciudad en Carlos Droguett**  
*Antonia Viu*

## 76 CARTA DESDE CRIMEA

**Respuesta a Andrés Trapiello**  
*Sebastiaan Faber*

## 82 CRITERIOS

**Miguel Morey** *Lecturas de Foucault y Escritos sobre Foucault*

**Alki Zei** *La novia de Aquiles*

**Edgardo Dobry** *Contratiempo*

**Néstor Ponce** *Diagonales del género. Estudios sobre el policial en Argentina*

**Max Aub** *Luis Buñuel, novela*

**William Blake** *Libros Proféticos I*

## 94 MATERIALES

**Una literatura sin revistas**  
*Fernando Larraz*

**Encuesta**

*José Luis García Martín (Clarín), Alejandra Laurencich (La Balandra), Arantxa Gómez Sancho (Ínsula)*

**Nuevos tiempos y retos para las revistas culturales**  
*Fernando Clemot (Quimera)*

## 110 CONFLUENCIAS

**Diálogo sobre la lucha y la memoria con Alicia Partnoy**  
*Paula Simón*





## ESPECIAL DEBATE ENTRE TRAPIELLO Y FABER

**E**n su número de mayo de este 2014, la revista madrileña *Ínsula* publicó una reseña del ensayo de Andrés Trapiello *Las armas y las letras* con motivo de su reedición corregida y aumentada. La reseña llevaba el título de “La traición de los intelectuales” y la firmaba Sebastiaan Faber, catedrático de Estudios Hispánicos en el Oberling College, en Ohio. El libro de Trapiello ha tenido, desde su primera edición hace veinte años, una considerable difusión y se ha convertido en una referencia bien conocida por un público no estrictamente universitario. En su momento, supuso una incursión original y bastante extensa en las complejas respuestas morales que los intelectuales españoles dieron a los dilemas abiertos por la guerra española de 1936-39. Con cierto afán polemista, Trapiello distribuyó dignidades e indignidades entre numerosos actores de la cultura española e hispanoamericana de aquellos años, en una amena sarta de narraciones que ilustraban los comportamientos de los escritores y que equiparaba las iniquidades que intelectuales de un lado y del otro que se cometieron bajo la coartada de salvaguardar la cultura verdadera, redimiendo moralmente de las trapacerías a aquellos que consiguieron mantener su autonomía intelectual libre de servidumbres y que engrosaron las filas de aquello que Trapiello consideró la tercera España. El libro, en definitiva, proporciona abundante información acerca de las múltiples posibilidades que se ofrecen a un intelectual en una coyuntura tan extrema como fue la guerra civil española.

Sebastiaan Faber no oculta en su reseña su disenso con el método y el resultado del trabajo de Trapiello, si bien reconoce que *Las armas y las letras* atrajo a un público amplio escritores olvidados, a menudo por razones políticas, y que se trata de un trabajo monumental, claro y coherente que demuestra un saber enciclopédico. Para el reseñador, el tono inquisitivo del libro parte de una premisa —lo literario se arruina por su contagio con lo político— no solo discutible, sino que además no es aplicada con equidad a todos los escritores. Al contrario, la crítica es subjetiva —moralizante y prejuiciada— y basada en filias y fobias. Ante la ausencia de un método riguroso, sigue Faber, *Las armas y las letras* se basa en el gusto



por lo anecdótico, renunciando a cabales explicaciones históricas que le sirvan de justificación; los vicios individuales vertebran el libro sin traer a colación debates públicos y acontecimientos históricos que los explicarían y contextualizarían y que permitirían comprender a los sujetos y sus actos en toda su complejidad. Ello arruina las conclusiones y las anega en un magma de sentencias ligeras y arbitrarias.

Ante el carácter negativo de la crítica, Jordi Gracia, que había sugerido a la dirección de *Ínsula* el nombre de Faber como reseñador, aconsejó a la revista que se ofreciera a Trapiello la posibilidad de publicar en el mismo número una réplica junto con unas breves palabras del propio Gracia que sirvieran de explicación. Si el título de la reseña de Faber era ya suficientemente significativo de su contenido, el que lleva el texto de Trapiello lo es también del tono de su respuesta: “Ante un ‘paseo’ de Sebastiaan Faber por *Las armas y las letras*”. Trapiello se defiende con una agresividad poco habitual en nuestro panorama literario. Acusa al reseñador de difamatorio, tendencioso, egocéntrico, acomodaticio e ignorante y de falta de probidad intelectual, por no haber reflejado lo que su libro realmente dice y por haber tergiversado su contenido movido por prejuicios ideológicos. Para Trapiello, el quid de la cuestión es que existe un grupo de académicos —son muy duras las palabras que dedica al medio universitario— para quienes el relato estético-moral sobre la guerra está ya cerrado en una maniquea partición entre buenos-perdedores-republicanos y malos-vencedores-franquistas, por lo que la reflexión que introduce su libro los incomoda y los hace reaccionar con posiciones tan rabiosamente resentidas como la Faber.

Deseando rescatar de las gruesas palabras que ha alcanzado esta diatriba el debate ideológico sobre la implicación histórica de la intelectualidad en una situación histórica tan extrema, *Puentes* se complace en publicar la contrarréplica de Sebastiaan Faber, con la aspiración, compartida con todos sus textos, de servir de vehículo para aclarar disensos, ilustrar vías de pensamiento y poner en comunicación las regiones distintas de nuestro mapa cultural.

**CONTRARRÉPLICA DE SEBASTIAAN FABER**  
**PÁGINA 76**



# CARTA DESDE CRIMEA

RESPUESTA A ANDRÉS TRAPIELLO

— **Sebastian Faber** —

*Professor of Hispanic Studies, Oberlin College*

Quiero agradecer a Andrés Trapiello la apasionada, enérgica y divertida respuesta a mi lectura crítica de la tercera edición de *Las armas y las letras*, su libro importante y ya clásico sobre los escritores y la Guerra Civil Española. También les agradezco a *Ínsula* y a Jordi Gracia el haber hecho posible este intercambio. El desacuerdo entre la visión que tiene Trapiello del tema y la mía –desacuerdo que intenté dejar claro en mi reseña– ha quedado más que confirmado en su reacción a la misma. Lo que complica la disputa es que, además de tener visiones contrastadas, formulamos esas visiones desde posiciones institucionales y culturales muy diferentes. Trapiello escribe, razona y se legitima como escritor español castellano-parlante que trabaja en España y en su lengua materna; yo escribo, razono y me legitimo como estudioso universitario de la cultura española en una universidad extranjera y en un idioma, para mí, extranjero. Estas diferencias no explican de ningún modo la raíz del conflicto –no es que Trapiello no se pelee sobre estos temas con sus propios colegas ni yo con los míos– pero sí dificultan su conducción hacia canales y discursos productivos. Dada la distancia entre nuestros respectivos *habitus* es fácil dejarse llevar por prejuicios o desprecios gremiales.

<sup>1</sup>En su artículo, Trapiello escribe que a Faber “no le preocupa lo más mínimo la inclusión, sino lo que él juzga como la exclusión del paraíso académico de algunos escritores canonizados de los que tenía en exclusiva la franquicia de

explotación, y que profesores como él, que vivían en sus Crimeas universitarias, no puedan seguir disfrutando como hasta hoy de la derrota de la guerra civil” (*Nota de los editores de Puentes*).



Como bien señala Trapiello, los que nos dedicamos a estudiar y enseñar la literatura española en las universidades somos una especie extraña con costumbres curiosas; y más aún lo somos los extranjeros –holandés, en mi caso– que nos dedicamos a ello desde allende los mares –en mi caso, Crimea, digo Estados Unidos<sup>1</sup>–. Entre los desafíos con que nos enfrentamos brota con cierta insistencia la consabida pregunta de Francisco Ayala: ¿Para quién escribimos nosotros? ¿Quién puede estar interesado en nuestra visión de la producción cultural de un país como España, relativamente marginal dentro del panorama global e incluso dentro del mundo castellanoparlante?

Donde más interés hay por la cultura española es, sin duda, en la propia Península Ibérica, donde su estudio y promoción están lógicamen-

### *“La polémica puede ser un género productivo: obliga a los participantes a definirse con más nitidez”*

te avalados por fuertes intereses institucionales y naturales sentimientos patrióticos. Y sin embargo, la verdad es que los hispanistas que trabajamos en otros países y los filólogos españoles que trabajan en España nos comunicamos y leemos más bien poco los unos a los otros, y todavía menos si a nosotros, los extranjeros, se nos ocurre publicar lo nuestro en inglés, alemán u holandés. Nuestro aislamiento se acentúa por el hecho de que no solemos tener mucho acceso a medios de difusión más amplia en los países en que trabajamos, ni mucho menos en España. De ahí mi alegría cuando *Ínsula* me invitó a reseñar el libro de Trapiello. Aunque *Ínsula* es una revista de carácter universitario, por lo menos se publica, circula y se lee.

La cuidadosa relectura, el año pasado, de *Las armas y las letras* me produjo una serie de reacciones contrastadas que –pensé– valdría la pena analizar, organizar y aprovechar para un ensayo crítico que, en lo posible, evitara la retórica descafeinada habitual del discurso universitario. Con la idea de hacer su lectura más clara y amena, pero también, cómo no, para incitar a un debate. Siempre me ha parecido que la polémica puede ser un género productivo en cuanto obliga a los participantes a entrar al diálogo y a definirse con más nitidez, afinando sus posiciones y afilando sus palabras pero también haciendo concesiones y admitiendo equívocos. Así lo demuestran las secciones de cartas al director de revistas como el *New York Review of Books* o el *LRB*, grandes ejemplos de lo que puede ser la conversación intelectual en la esfera pública de una democracia. Si muchos lectores evitan los textos académicos, me parece, es en parte porque estos adolecen de un exceso de prudencia y moderación (y un exceso de terminología especializada, pero ése es otro problema) y porque tienden a ser más bien monológicos.



Para una revista como *Ínsula* –pensé– es mejor dejar las cosas claras, cargar un poco las tintas y, por qué no, aderezar mi evaluación crítica –y seria y de buena fe; “inquisitiva”, en efecto, pero en la acepción que le da la Real Academia– con una pequeña dosis de chispa (de la que, por otra parte, tampoco carece el texto reseñado). Sin pasarse de rosca, claro. Creí haber hecho tal en mi reseña, pero parece que Andrés Trapiello no lo ve así. Es más, aunque responde a algunos de mis puntos de crítica centrales, también se deja tentar por una serie de embestidas *ad hominem* que dis-

*“Trapiello y yo estamos de acuerdo en que la  
Guerra Civil constituye un capítulo importante  
para comprender la evolución de la intelligentsia  
occidental en el siglo pasado”*

traen de lo que podría ser el comienzo de un debate sugestivo y necesario en que pudieran participar más interesados, ampliando aún más la gama de perspectivas. He de confesar que me sorprende que lo que escribí como análisis crítico de un libro cuya intención polémica y revisionista no deja lugar a dudas se lea como un ataque personal al autor –ataque que exige un contraataque también de carácter personal, de tintas tan cargadas que acaban por manchar la mano que maneja la pluma. Los términos que Andrés Trapiello emplea en mi contra y los móviles que me imputa no creo que ayuden a clarificar las cuestiones centrales: ¿Cómo leemos, hoy, a los escritores que tuvieron la mala suerte de vivir la Guerra Civil Española? ¿Cómo se relacionan entre sí la política y la literatura? ¿Cuál fue el papel del movimiento comunista y de los intelectuales afiliados a él en las luchas antifascistas y debates estéticos de los años 30? ¿Es posible evaluar la conducta de los intelectuales en la Guerra Civil Española sin tomar en cuenta el contexto internacional, en particular el conjunto de fenómenos políticos e institucionales a los que los historiadores se suelen referir, resumidamente, como frentepopulismo?

En lo que sigue quiero intentar rebajar el tono del debate, despersonalizándolo; clarificar algunos malentendidos; pedir, a mi vez, un par de clarificaciones; y concentrarme en asuntos más concretos. No, por cierto, en el número de veces que Trapiello emplea “etcétera” (13 según el autor; unas 24, según mi ordenador); en el número de erratas en la sección dedicada a escritores de lengua inglesa (cuento seis en una sola página); o en si el empleo de “uno” en lugar de “yo” cabe leerse como una señal de cortesía o de afectación<sup>2</sup>.

Para empezar en buen pie, quizá convenga establecer en qué Andrés Trapiello y yo podemos estar de acuerdo. Lo estamos, me parece, en la noción básica de que la Guerra Civil Española constituye un capítulo

<sup>2</sup>En todos estos casos, se trata de rasgos de estilo y errores a los que Faber alude en su reseña y

cuya crítica no es aceptada por Trapiello en su respuesta (*Nota de los editores de Puentes*).



importante para comprender la evolución de la *intelligentsia* occidental en el siglo pasado. A los dos nos interesa reflexionar sobre “la función social del intelectual después de las matanzas del siglo XX”. También compartimos una admiración por Cernuda y Antonio Machado. No puedo estar más de acuerdo con Trapiello cuando celebra el “concepto benjaminiano de historia abierta, que no da como cerrado el pasado, sino que toma como referencia otras coordenadas descartadas o desconocidas anteriormente y que hacen posible la recuperación de obras y autores ensombrecidos por la sanción oficial del éxito”; una “noción de historia que da visibilidad, y por lo tanto amplía y enriquece el arco interpretativo al aportar nuevos enfoques”. También me parece acertadísima la idea de que “cuando hablamos del compromiso de los escritores, deberíamos preguntarnos si este no pasa ante todo por hacer una profunda reflexión sobre la violencia”. Me suscribo un cien por cien a la idea de que la literatura “debe formar el sentido crítico y no ser solo un medio de adoctrinamiento, precisamente porque presupone una mayoría de edad del lector al que le deja un amplio margen de libertad para elegir y reflexionar”. Eso sí, no veo por qué “el arte de convencer y de seducir”, de “la persuasión”, tiene necesariamente que estar reñido con “el lenguaje de la poesía”. A mí, un poema de Cernuda me convence, seduce y persuade. Para mí, la calidad literaria y el impulso político no son mutuamente excluyentes sino más bien al contrario.

Ahora bien, hay un par de afirmaciones de Trapiello que no me quedan del todo claras, y le estaría muy agradecido si pudiera elucidarlas un poco. Cuando habla del “ámbito académico” o “pequeño mundo

*“¿Cuáles son los términos en que se debate  
el relato de la historia intelectual de España?  
¿Quiénes tienen el derecho de participar en él?”*

académico” empeñado en “un mecanismo de exclusión” o representante de una “escolástica ortodoxa universitaria”, ¿se refiere a la filología practicada en la universidad española, al hispanismo extranjero, o las dos cosas? Como ya decía, en mi experiencia son dos estructuras institucionales bastante diferentes entre sí en términos de metodología, enfoque, aproximación e ideología. De forma similar, me interesa comprender mejor la periodización que propone Trapiello. Si según él, para 1994 “el pequeño mundo académico [...] había vivido cincuenta años mirándose el ombligo”, ¿debo entender que, para Trapiello, esa tendencia a mirarse el ombligo nace en los años de la posguerra? ¿Cree que los estudios universitarios de la literatura española privilegian a los autores “perdedores” desde los años 40? ¿Y propone entonces una historia institucional de los estudios literarios españoles según la cual éstos no cambian fundamentalmente de orientación a resultas de la Transición? (Sería una propuesta interesante, que se acerca en cierto sentido a lo defendido por Fernando Larraz en *El*



*monopolio de la palabra*, aunque Larraz arguye, a la inversa, que los excluidos de la historia literaria española oficial desde los años franquistas y durante los de la Transición son, precisamente, los “perdedores” de la guerra.)

Un par de interrogantes más. Me encantaría saber dónde exactamente Trapiello cree que yo empleo el entrecomillado de forma poco ética y dónde saco citas tuyas de su contexto. Por otra parte, cuando escribí “a Trapiello le da igual que le llamen casi de todo, menos apólogo del franquismo” fui menos malintencionado de lo que cree Trapiello: quise decir que a Trapiello no le importa provocar la irritación de otros —por ejemplo,

### *“Su libro no basta para llegar a una comprensión matizada de la función social del intelectual en la España de los 30”*

de los especialistas académicos— pero que no está dispuesto a aceptar que le llamen apólogo del franquismo. Ni se me ocurriría afirmar que lo sea. Una cosa es alabar el estilo literario de un falangista y otra muy distinta justificar el régimen al que este sirvió. Puestos a clarificar malentendidos, mi problema no es tanto que Trapiello llame a Renau “fanático”, “estalinista” y “ortodoxo” o que cite a Gaya señalando que sus carteles se parecen a la estética nazi, sino que esos juicios —que tienen bastante de sumarios— se presenten como suficientes para descartar a Renau y su obra como objetos de análisis. Y honestamente no veo dónde en mi reseña me arrogo “la posición tribunalesca del ‘nosotros’”. Tampoco entiendo quiénes pueden ser los “escritores canonizados” cuya exclusión “del paraíso académico” me perturbaría porque yo “tenía en exclusiva la franquicia de [su] explotación”. No creo haber trabajado sobre autores —Aub, Cernuda— que a Trapiello le gustaría excluir del canon. A menos que se refiera a Javier Marías...

Una reflexión final. Ocasiones como esta plantean preguntas más generales que vale la pena dilucidar: ¿cuáles son los términos en que se debate, o se debería debatir, el relato de la historia intelectual de España? ¿Quiénes tienen el derecho de participar en él, de emitir juicios sobre los protagonistas de esa historia? Los que deciden participar, ¿tienen el deber de responsabilizarse por los métodos o procedimientos mediante los cuales llegan a sus juicios? ¿Es lícito cuestionar esos métodos? ¿Qué espacios y canales hay disponibles para hacerlo? (Este último punto es importante; me parece que la esfera pública española aún tiene menos espacios y canales disponibles que otras democracias occidentales.)

Mi crítica a la obra de Trapiello es, entre otras cosas, una crítica metodológica. No se me ocurre dudar su conocimiento ni su esfuerzo de investigación ni mucho menos la cantidad o calidad de sus lecturas. Pero sí me he atrevido a cuestionar sus puntos de partida, sus marcos conceptuales y su forma de plantear el problema de los escritores y la Guerra





Civil. Si lo que le interesa –lo que *nos* interesa– es “la función social del intelectual” en un determinado contexto histórico, político y cultural, me parece que el material que maneja Trapiello (textos primarios, testimonios), su forma de argumentar (dando un gran peso argumentativo a sus propios gustos, simpatías, juicios estéticos y tropos preferidos), su visión reductiva de las posiciones políticas de los intelectuales en los años de la Guerra Civil (incluido el concepto de “la tercera España”) y la falta de contextualización internacional no sirven, o por lo menos no bastan, para llegar a una comprensión cabal, productiva, matizada de esa función social del intelectual en la España de los 30. Como he dicho antes, no se trata de que *Las armas y las letras* se haya escrito desde dentro o fuera de la universidad, o que tenga muchas notas a pie de página o no. La cuestión no es institucional o genérica sino que atañe al rigor crítico, histórico e intelectual. Trapiello escribe que “nunca [ha] pretendido ser historiador y menos, historiador de la literatura” sino que se ha limitado “en tanto que escritor, a hacer una investigación exhaustiva en torno a un asunto que me concierne y que me inquieta”. Este hecho no quita –en mi opinión– que *Las armas y las letras* sea, objetivamente hablando, una obra de historia literaria o intelectual y por tanto debe poder someterse a una lectura crítica, desde la universidad o desde cualquier otro lugar, que cuestione las bases sobre las que esa obra se construye.

*“No se trata de que se haya escrito desde dentro o fuera de la universidad. La cuestión atañe al rigor crítico, histórico e intelectual”*

Se ve que a Trapiello no le gusta prestar demasiada atención a lo que desprecia. No lo digo como crítica; es una forma de economizar los recursos mentales como cualquier otra. Que esta actitud me afecte a mí personalmente no es nada grave. (“No me impresionan nada esas opiniones tuyas y todas las de su reseña, ni para mí tienen el menor valor”, escribe; “la actitud inquisitiva y tendenciosa de Faber, presidente del archivo de la Brigada Abraham Lincoln, me impresiona lo mismo que si fuera la del gaitero mayor de la Legión Condor”.) Un poco más grave es que le sirva como excusa para ignorar el trabajo de colegas míos mucho más inteligentes que yo, españoles o no, afiliados a ese mundo que Trapiello tacha, con desdén y brocha gorda, como “la Universidad”, a la que supone movida, en su mayor parte, por prejuicios gremiales e intereses oportunistas además de varios complejos psicológicos. Esta polémica tiene sus aspectos graciosos; la verdad es que me lo estoy pasando de lo más bien. Pero francamente hay algo trágico –y, me temo, sintomático– en el desencuentro entre un escritor como Andrés Trapiello y los que pensamos y escribimos sobre la cultura española desde las universidades, sean españolas o extranjeras. Le puedo asegurar que el desprecio y la ignorancia no son mutuos.